

# El Ejercicio de la Filosofía

Jaime Ramos Arenas  
Departamento de Filosofía  
Universidad Nacional de Colombia

En cierto sentido creo que tengo una concepción bastante tradicional de la filosofía. Creo que la filosofía se ha ocupado de cuestiones tales como el origen y la estructura últimas del mundo, el sentido de la vida, el problema de la objetividad del conocimiento, la relación mente/cuerpo, la libertad humana, la responsabilidad moral y la fundamentación del Estado. Ciertamente el trabajo filosófico cambia con el momento histórico, pero hay cierta continuidad, cierto aire de familia entre lo que hacemos ahora y lo que hacían los griegos. Hay ciertas preguntas a las que regresamos una y otra vez, aunque también hay otras que creemos haber contestado y algunas que ya no nos interesan. Pienso entonces que una adecuada formación en la historia de la filosofía es muy importante para aquellos que quieran hacer trabajo filosófico. Creo también que el estudiante de filosofía debe tener el debido respeto por los grandes filósofos del pasado y no caer en la crítica fácil o en el deseo inmediato de innovación. Aquí deberíamos seguir la recomendación de Thomas Kuhn que dice:

“Al leer las obras de un pensador importante, busque primero los aparentes sinsentidos en el texto y pregúntese cómo una persona de buen juicio podría haber escrito eso. Cuando encuentre una respuesta, continúe, cuando esos pasajes adquieran sentido, entonces puede encontrar que pasajes más centrales que creía haber entendido, han cambiado su significado.” (Kuhn, 1977, p. XII).

Pienso al mismo tiempo que hay que evitar algo que posiblemente sucedió a los profesores y estudiantes de filosofía hace algunos años en Colombia, y es una excesiva reverencia por los pensadores del pasado, y en general del extranjero, que puede volverse paralizante e impedir la reflexión propia. Este puede ser un estadio normal por el que hay que pasar en el proceso de cimentación de la filosofía en una comunidad, y por ello no es mi intención criticar la labor de los que nos precedieron, pero tal vez estemos entrando ahora en una etapa en la que podamos verdaderamente asimilar a los grandes pensadores, tanto pasados como contemporáneos, para ir construyendo lentamente un pensamiento más propio.

Considero así mismo que la formación en los departamentos de filosofía, tanto aquí como en el extranjero, se ha centrado excesivamente en las ideas de los grandes filósofos y ha dejado de lado la conexión de las discusiones filosóficas con otras áreas del saber y de la cultura. Es cierto que las ciencias se han vuelto tan especializadas, que si quisieramos dar una formación general a nuestros estudiantes en campos como las matemáticas, la física, la biología y la historia, caeríamos en el peligro de repetir el programa del bachillerato. Pero creo que

hay un consenso creciente en que los estudiantes de filosofía deberían tener una formación en un área distinta, bien se trate de artes y humanidades, o en ciencias y matemáticas. Pienso por otra parte que el peligro de unos cursos superficiales e inocuos de formación básica puede evitarse, hasta cierto punto, promoviendo la lectura directa de los grandes pensadores de otras áreas. Estoy convencido de que la lectura cuidadosa de textos de Cantor, Darwin, Poincaré, Freud, Vygotsky o Chomsky, puede ser de enorme utilidad para el estudioso de la filosofía. No se trata, sin embargo, de construir un canon inflexible de lo que todo el mundo debe leer. Plutarco, Shakespeare, Goethe y Tolstoy serían igualmente importantes. De lo que se trata es de ampliar los horizontes de aquellos que pretenden hacer filosofía, de evitar que se enfrasquen en difíciles disquisiciones sobre el espacio, el tiempo, la percepción o el Estado, ignorando completamente los aportes que a estos problemas hayan hecho el físico, el psicólogo o el teórico político.

En una época en la que existe una enorme explosión de información en todos los campos, incluyendo a la filosofía, en la que se escriben innumerables artículos en revista especializadas sobre los temas de moda, digamos, por ejemplo, sobre el problema de la indeterminación de la traducción de Quine, sobre el estatuto de los contrafácticos, sobre la noción de justicia en Rawls, sobre la noción de “*narrow content*” en las representaciones mentales, etc., etc., creo que la mejor apuesta que uno puede hacer es volverse enormemente selectivo y leer preferencialmente a los grandes autores, obviando en muchos casos a los comentaristas y críticos. Se me dirá que sólo es posible hacer filosofía normal, en el sentido de ciencia normal de Kuhn como resolución de los acertijos propios de una disciplina bajo un paradigma dominante, si se está dispuesto a trabajar dentro del marco de una comunidad internacional que define ciertos problemas y cierto lenguaje, y que requiere el trabajo entre pares que se leen y se evalúan. Pero considero que ese proceso de profesionalización y normalización de la filosofía debe entenderse correctamente y tomarse con cierta cautela.

Creo que debemos formar aquí una comunidad filosófica y empezar a aprender y a discutir entre nosotros, y con aquellos de afuera que quieran oírnos. Creo que debemos estar debidamente familiarizados con lo que se está haciendo en filosofía en otras partes del planeta, evitando el provincialismo de soñar que una filosofía propia surgirá como por arte de magia si nos cerramos a la tradición occidental. Pero debemos evitar también adoptar automáticamente una agenda de trabajo que se diseña siempre afuera, evitar el ansia de estar siempre “actualizados”, de vivir pendientes a través de internet o de revistas y catálogos del último artículo que salió sobre el tema de moda que nos interesa. Evitar “descrestarnos” con cualquiera que viene del extranjero con la última mercancía filosófica, el famoso “*state of the art*” que tomamos prestado de la tecnología y de la industria. A muchos les parecerá irónico que yo diga esto, una persona

que trabaja temas relacionados con la inteligencia artificial, la ciencia cognitiva y la así llamada filosofía analítica. Pero la verdad es que aunque yo mismo he sucumbido en ocasiones a la tentación de la innovación, mi trabajo se ha centrado en los autores más clásicos de la corriente analítica, y mi actitud ha sido mas bien crítica y cautelosa respecto a muchos de los trabajos recientes en la filosofía de la mente. Mi tendencia ha sido mas bien como la del cangrejo, la de irme devolviendo a buscar las fuentes de los problemas y de las discusiones. Así, por ejemplo, en filosofía de la mente he dedicado mucho más tiempo a estudiar a fondo a Wittgenstein y a Ryle, a leer a Vygotsky y a Freud, tratando de apreciar las consecuencias que la obra de estos tiene para la ciencia cognitiva y la filosofía de la mente, que en leer los últimos artículos de Dennett o de Ned Block. Así mismo creo que uno podría aportar más a las discusiones contemporáneas en ética y filosofía política a partir de una cuidadosa relectura de Spinoza y Hobbes, que del último comentario sobre Dworkin o MacIntyre.

Pero es necesario advertir contra la tentación contraria, la de creer que todo lo que se escribe en inglés es filosofía de tercera, que Alemania y Francia siguen siendo la meca de la filosofía, y que toda discusión que se relaciona con la ciencia es solo producto del cientificismo y del capitalismo y merece el desprecio del "verdadero filósofo". Gústenos o no, Estados Unidos es hoy el país del mundo donde se hace más filosofía, y sería un enorme error de juicio ignorar la obra que se ha hecho allí principalmente durante las décadas de los sesentas, setentas, y comienzos de los ochentas (me refiero a buena parte de la obra de Quine, Goodman, Davidson, Kripke, Putnam, Fodor, Chomsky, Searle, Rawls y Rorty, entre otros) algo que yo valoraría como muy superior a la "escolastica decadente" con la que la compara el profesor Jorge Aurelio Díaz.

Incidentalmente quiero señalar que el proyecto de la inteligencia artificial es el último peldaño de una escalera que empieza por lo menos con Platón y Aristóteles, y la idea de que el razonar correcto es una cuestión de método, que es posible encontrar unas reglas formales para el pensamiento y la argumentación; de ahí la idea de una lógica formal. Un proyecto que continuó con Descartes y su defensa del pensar metódico, con Hobbes y Leibniz en la idea de un álgebra universal del pensamiento, con los empiristas y las leyes de la asociación de los átomos del pensar, y con Boole, Frege y Russell y la noción de un lenguaje lógicamente perfecto. La filosofía se encaminó entonces, como diagnosticó Heidegger, hacia una especie de cibernética. Esto solo para sugerir que las discusiones en inteligencia artificial, cuando se entienden bien, no son ajenas a la problemática filosófica.

Pero quiero volver ahora al punto de la profesionalización y la normalización de la filosofía. Creo que es un proceso natural que en filosofía, como en otras disciplinas, se imponga en un momento dado dentro de una comunidad filosófica lo que Kuhn llama un paradigma (véase Kuhn, 1970), en este sentido la historia

de la filosofía no es tan distinta de la historia de la ciencia. Es decir, se impone un modelo que señala pautas de lo que es un problema filosófico relevante, se imponen también un cierto lenguaje, un modo de argumentación, una forma de evaluar lo que es un buen trabajo filosófico. Ciertamente en filosofía los paradigmas han sido menos hegemónicos que en las ciencias, y por lo general ha habido varios paradigmas en competencia en un mismo momento y aun filósofos “díscolos” que se resistieron a dejarse enmarcar dentro de ciertos principios que eran explícita o tácitamente aceptados por los miembros de esta o aquella comunidad filosófica. Pero en general, podemos decir que en la historia de la filosofía han primado lo que nosotros llamamos “escuelas filosóficas”, que se comportan básicamente como las comunidades científicas que operan bajo un paradigma. Esto no es nuevo y no es lamentable, es la consecuencia natural de que no puede haber revoluciones filosóficas cotidianas, de que no es posible estar echando por la borda lo que los mejores representantes de la filosofía han hecho para arriesgar quedarse solo con escombros y ruinas. Las revoluciones en filosofía se dan, pero son episodios más bien raros, producto de un proceso de agotamiento del viejo paradigma y del progresivo surgimiento de nuevos rumbos y doctrinas que van tomando cuerpo y finalmente se cristalizan en una nueva escuela. Los que calificamos como grandes filósofos son los forjadores de nuevos paradigmas, son revolucionarios que logran romper con las ataduras de los conceptos establecidos, para conducir hacia una nueva forma de pensar y hacia una nueva problemática. Pero aun hombres muy talentosos nunca llegan a convertirse en grandes filósofos, o grandes científicos o grandes artistas. Se necesita también estar en el momento histórico oportuno y en el lugar adecuado. Las ideas deben estar maduras para cosecharse, y ciertos problemas en áreas conexas deben haberse resuelto para que la nueva propuesta pueda surgir. Son bien conocidas las historias de los precursores de las grandes teorías, por ejemplo, Leibniz y Mach como precursores de la teoría de la relatividad, cuyas ideas no pudieron cuajar porque ciertas preguntas no se habían resuelto o no se habían siquiera formulado; porque el lenguaje necesario no se había desarrollado o alguna técnica de prueba o de argumentación apropiada no existía. Los grandes creadores deben así mismo encontrarse en el “habitat” adecuado; lograr hacerse oír y tener interlocutores competentes. Sería enormemente sorprendente que un gran filósofo de talla internacional hubiera podido surgir en Colombia hace treinta o cuarenta años, y si lo hubiese habido nadie lo hubiera notado. Las condiciones hoy son un poco mejores, pero no mucho mejores.

Por otra parte, considero que vale la pena señalar la necesidad de un sano conservadurismo dentro de las comunidades filosóficas, como hace Kuhn para la ciencia, que permita preservar el patrimonio de lo hasta entonces construido y posibilitar el desarrollo y la supervivencia de la filosofía. Este conservadurismo

no debe traducirse en el intento sistemático de eliminar toda voz disidente, de establecer un modelo monolítico y acabar con el pluralismo. Se debe buscar un muy delicado y difícil balance entre el respeto por la tradición y el respeto por las ideas innovadoras. Un total anarquismo como el que defiende Feyerabend, y la aceptación inmediata de toda teoría a participar en la discusión, no importa cuán descabellada e infundada nos parezca, conlleva el peligro de disolver la discusión y quedarnos sin rumbo. Claro está que a todos nos gusta más la filosofía revolucionaria y creadora que la relativamente rutinaria filosofía de escuela, pero el completo anarquismo metodológico es una receta inviable que no ha sido ni podrá ser puesta en práctica. Aunque simpatizo con el lamento de Wittgenstein en el sentido de que “El *nimbus* de la filosofía se ha perdido, pues ahora tenemos un método para hacer filosofía y podemos hablar de filósofos hábiles” (Wittgenstein, 1980, p. 21), tal clase de queja contra la filosofía normal, contra la filosofía que se hace siguiendo un método o paradigma, ignora la necesidad de esos largos y penosos interregnos entre las revoluciones filosóficas.

Lo que he dicho hasta ahora podría llevar a pensar que considero a la filosofía como una ciencia o algo muy parecido a una ciencia. Pero eso no es así. Lo que he dicho acerca de los paradigmas y las revoluciones sería también aplicable a las escuelas de arte, de música y de literatura. Creo, sí, que la conexión de la filosofía con la ciencia es muy importante, como lo es con otras manifestaciones de la cultura, y es una verdad sabida por todos que muchos de los problemas de los que se ocupó la filosofía son hoy en día el tema de las ciencias. Pero dudo mucho que sea posible poner a la filosofía en “el camino de la ciencia” o encontrar un método que sea característico de la filosofía desde los griegos hasta nosotros, salvo, quizás, la consideración muy general de que la actividad filosófica reside en parte en el manejo y clarificación de conceptos y en la construcción de argumentaciones con tales conceptos. Me refiero a las discusiones sobre conceptos tales como CONOCIMIENTO, VERDAD, JUSTICIA, BIEN, etc., que son comunes desde los griegos. El modo de argumentar ha cambiado, como han cambiado muchos de los tópicos. Hoy no discutimos, por ejemplo, sobre la existencia de Dios o la inmortalidad del alma, y el contexto en el que se plantea la argumentación también varía, o bien como una argumentación fundamentalmente ontológica, o como concerniente a ideas como en el psicologismo, o como fundamentalmente lingüística como en la filosofía analítica contemporánea. Pero la actividad filosófica no se limita a un ejercicio de argumentación, y no solo porque algunos filósofos tienen un estilo más poético que argumentativo, sino porque la filosofía tiene una dimensión práctica, en el sentido kantiano, es decir, ética; de búsqueda de sentido, de guía de navegación, de trabajar sobre uno mismo, que parece serle inherente. Así, por ejemplo, Wittgenstein escribió:

“El trabajo en la filosofía es - en gran medida el trabajo en uno mismo - como lo es en gran parte el trabajo en arquitectura. En la propia comprensión. En la manera de ver las cosas (Y en lo que uno exige de ellas.)” (Wittgenstein, 1931)

Y en un borrador para el prólogo de las *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein sugiere la necesaria inserción del trabajo filosófico dentro del marco de los fines de una cultura, que trascienden los fines privados.

“Una cultura es como una gran organización que señala su lugar a todo el que pertenece a ella, lugar en el que puede trabajar en el espíritu del todo... Pero en una época sin cultura las fuerzas se fragmentan y el poder de un individuo se desgasta en superar las fuerzas opuestas y las resistencias... Pero la energía sigue siendo energía y aun si el espectáculo que esta época nos ofrece no es el de una gran obra cultural, en la que los mejores colaboran hacia el mismo gran fin, sino el escenario mucho menos imponente de una multitud cuyos miembros solo aspiran a fines privados, no debemos olvidar que el espectáculo no es lo que importa. Me doy cuenta de que la desaparición de una cultura no significa la desaparición del valor humano, sino solo de algunos medios de expresión de este valor. Con todo permanece el hecho de que veo sin simpatía la corriente de la civilización europea, sin comprensión por sus fines, en caso de que tenga algunos.” (Wittgenstein, 1930)

Acerca de la valor práctico de la filosofía como guía de la acción, Russell escribe:

“El valor de la filosofía debe ser buscado, en buena parte, en su propia incertidumbre. El hombre que no tiene un tinte filosófico pasa por la vida preso de los prejuicios derivados del sentido común, de las creencias habituales de su tiempo o de su nación y de convicciones que han crecido en su mente sin la cooperación o el consentimiento de su razón deliberante”

Y después agrega en un tono claramente spinozista:

“La vida del hombre instintivo está encerrada en el círculo de sus intereses privados,... el mundo externo solo es considerado en la medida en que colabore u obstaculice lo que viene dentro del círculo de los deseos instintivos... El mundo privado de los intereses instintivos es un mundo pequeño puesto en medio de un mundo grande y poderoso que debe, tarde o temprano, abatir nuestro mundo privado en ruinas. [y despues anota] En una vida como esa no puede haber paz, sino una lucha constante entre la insistencia del deseo y la impotencia de la voluntad... Un modo de escapar es la contemplación filosófica. Esta, en su perspectiva más amplia, no divide el universo en dos campos hostiles; los amigos y los enemigos, lo provechoso y lo dañino, lo bueno y lo malo, sino que ve el todo con imparcialidad” (Russell, 1912, pp. 156-158)

Ciertamente la concepción de la filosofía como un medio de alcanzar una visión “*sub specie aeternitatis*” no es precisamente popular por estos días, pero no deja de ser significativo el que quizás los dos más importantes representantes de la filosofía analítica, la filosofía a pedacitos, la del método riguroso, la que llegó a llamarse filosofía lingüística, insistan en la dimensión personal y ética de la filosofía.

Voy a terminar con una alusión con respecto a la necesidad de los filósofos de ganar dinero y la utilidad que puede y debe reportar la actividad filosófica, a las que se han referido algunos colegas. Sin entrar a tratar de resolver el problema de qué vamos a hacer con los egresados de nuestros departamentos de filosofía y cómo les vamos a conseguir puesto, quizás valdría la pena recordar simplemente

la anécdota de Euclides de Alejandría. Se dice que cuando un estudiante le preguntó por el uso práctico de la geometría, éste se dirigió a un esclavo y le dijo desdeñosamente: “él quiere lucrarse del conocimiento, dale unas monedas”.

**REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

**Kuhn, T. (1970)**

*La estructura de las revoluciones científicas.* 1971; México D.F.: Fondo de la Cultura Económica.

**Kuhn, T. (1977)**

*The Essential Tension.* 1977; Chicago: The university of Chicago Press.

**Russell, B. (1912)**

*The Problems of Philosophy.* 1988; Buffalo, N. Y.: Prometheus Books.

**Wittgenstein, L. (1930)**

Culture and Value. 1980; “*Vermischte bemerkungen*” Eds. von Wright & Nyman. Oxford: Basil Blackwell.

**Wittgenstein, L. (1931)**

Observaciones. 1981; “*Vermischte bemerkungen*” Eds. von Wright & Nyman. México: Siglo XXI Editores.

**Wittgenstein, L. (1980)**

*Wittgenstein's Lectures, Cambridge 1930-32.* Ed. D Lee. 1980; Oxford: Blackwell.